



El creador de bestias

Rubén Abraham Santos Herrera

Lic. Médico Cirujano UADY, 2º año

Júpiter Campiña se arrojó el día viernes desde la ventana del tercer piso de la pensión en donde vivía. Antes de hacerlo, y con una felicidad conspicua en el rostro, se había preparado con una serie de ejercicios que le permitirían relajar los músculos y de esa manera asimilar mejor el posible porrazo al momento de impactarse contra el suelo, aunque él tenía la certeza de que no sería así. Había dado saltos en el interior de su apartamento como los que los clavadistas hacen en la tabla antes de zambullirse entre las aguas. Dio un pequeño brinco, luego otro, luego otro más, se asomó a la ventana, cerró los ojos y de esta manera se lanzó.

Júpiter era un hombre solitario de unos setenta años, o al menos esa era la edad que aparentaba. Nadie sabía cuándo ni cómo había llegado a la pensión, ni siquiera los más viejos. Se rumoreaba que él había vivido ahí desde que concluyó la construcción del edificio, cuando lo regentaba la antigua administración, pero no sonaba lógico, tomando en cuenta que la edificación había culminado hacía ciento veinte años. Júpiter era, además, un hombre raro, introvertido. Muy pocas veces se le veía salir a la calle y cuando lo hacía cargaba rollos de lienzos con textura de pergamino bajo el brazo. Por cotilleo del casero, se supo que los usaba para dibujar creaturas con constituciones incomprensibles para el ojo humano: peces gigantes con brazos de hombre; torsos de mujeres que se detenían a la altura de la cintura para finalizar en aletas o en patas emplumadas de ave de corral; tórax de marsupiales terminados en cabezas de dragones y extremidades de león; paquidermos con alas diminutas y otra suerte de bestias que el casero no pudo continuar ojeando, pues Júpiter le dio el dinero de la renta, e implícitamente lo invitó a salir para así seguir dibujando aquellos seres que desafiaban las directrices de la biología.

Los vecinos de la pensión empezaron a armar hipótesis para explicar la existencia y acciones de Júpiter. Había varias opciones, pero las

PIROCROMO

23

#18 BESTIARIO

más importantes eran cuatro: a) era un hombre que había perdido la cordura hacía mucho tiempo y se había encerrado a plasmar monstruos en papel, pero esto no explicaba cómo obtenía el ingreso mensual para no ser echado; b) era un anciano al cual sus hijos lo habían abandonado a su suerte, aunque esta opción tenía menos sentido; c) debía ser una persona que sirvió a la nación, como un exmilitar dado de baja por estrés postraumático con subsecuente deterioro mental y que, en retribución a sus años de labor, el ejército le costaba los últimos años de vida; o d) era una variante un poco más sensata que la opción b), pues se postulaba que formaba parte de una importante familia que, al sospechar y confirmar que había perdido la cabeza, lo habían mandado lejos para no caer en desprestigio, aunque mensualmente lo mantenían con suficiencia para poder vivir decentemente hasta el día de su muerte.

De cualquier forma, todas las alternativas incluían a la locura como la causa del actual paradero de Júpiter. Desde la fecha en que se formularon las cuatro alternativas, todos empezaron a espiar su peculiar vida, en busca de un rastro que les permitiera confirmar alguna de las opciones.

Un día, mientras estaba sentado en el escritorio de madera, trazando con la escuadra y con un lápiz bicolor, escuchó que alguien tocó a la puerta tres veces. Se levantó y acudió, pero cuando abrió para atender sólo vio a unos niños alejarse en dirección a las escaleras del vestíbulo, mientras reían y al mismo tiempo gritaban: “¡Ahí viene el loco, ahí viene el loco! ¡Vámonos! ¡Corre, corre!”. Algo similar le ocurrió cuando salió a la calle y pasó junto a unas personas, que interrumpieron su conversación cuando lo vieron venir. No tardó mucho tiempo en que entendiera que todos lo daban por demente.

Harto y dolido, se encerró dentro de sus cuatro paredes y se dedicó a esbozar siluetas extrañas para tratar de recobrar la paz. Cuando Júpiter se sentaba a perfilar cualquier creatura, no tenía claro lo que iba a brotar del carboncillo, simplemente dejaba que se deslizara a libertad sobre la superficie sin salirse de los márgenes y aproximadamente después de media hora, ya tenía un caimán alado con el cuerpo aplanado, demasiado delgado, y con cabeza de hombre, una nueva creación para agregar a su colección. No era el primer boceto del día, pues en el piso se revolvían hojas con seres muy similares: serpientes emplumadas con dos alas naciendo de sus cabezas, y otra suerte de reptiles con estructuras aerodinámicas. Continuó así por dos horas y, cuando recobró el sosiego

y obtuvo un par de nuevos diseños, se le ocurrió una idea que debió haber pensado décadas atrás.

Uno de aquellos días esperó a que llegase la hora adecuada para anunciarle a los que anduvieran por ahí que iba a demostrarles que no estaba loco. Él decía “¡No estoy loco! ¡No estoy loco y se los voy a demostrar! Lo que yo dibujo es muy real”. Fijó hora y fecha para el evento y volvió a meterse.

Todos asistieron, escépticos. Esperaban impacientes a que Júpiter llegara. Incluso obtuvieron permiso para detener el tránsito en la calle que daba a la pensión, pero en lugar de ir y situarse en el centro de la calle, él apareció desde su ventana en el tercer piso.

Una mujer fue la primera en darse cuenta y se llevó las manos a la boca. La que estaba al lado se percató de la conducta de aquella y luego divisó a Júpiter en la ventana. Le dijo al hombre que tenía al lado y en menos de un minuto todos lo sabían. Se había armado tal severo revuelo que varias personas, temiendo lo peor, habían llamado a una ambulancia y avisado a la policía. Un hombre que decía ser orador profesional se había dado a la tarea de dialogar con Júpiter, pero éste parecía no hacerle caso alguno. Las mujeres que eran madres les taparon los ojos a sus hijos y se los llevaron lejos. A pesar del desespero, nadie se atrevió a parpadear ni a distraerse. Todos empezaron a mirar expectantes cómo el hombre hacía movimientos dentro de su vivienda, y luego cerró los ojos hasta lanzarse al aire.

Se escucharon varios gritos de conmoción que no inmutaron en nada al hombre, quien caía con la cara feliz y plácida. Ante el asombro de todos, en una transición instantánea, Júpiter se transformó en uno de sus tantos dibujos extraños. La mayoría concuerda en que se parecía a un extenso dragón verde, aunque liviano, como un retazo de tela flotando por los aires. Otros dan diferentes clases de descripciones, como la de un inmenso camaleón que se mecía entre el viento. Pero sea cual fuera la verdadera apariencia, todos refieren cómo Júpiter, convertido en aquel ser, se elevó al cielo para desaparecer y nunca más volver a ser visto.

Mr. Pulp presenta:

